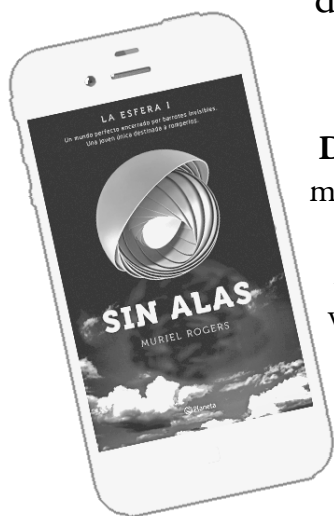


Descubre la aplicación
COMUNIDAD LA ESFERA
y prepárate para una experiencia
de lectura de 360°.



Descarga gratuitamente la aplicación en tu móvil, sigue los símbolos de **LA ESFERA**  que encontrarás repartidos a lo largo de las páginas de **SIN ALAS** y prepárate para vivir **la historia de Kala, una joven única destinada a romper las reglas del juego.**

Fotos, vídeos, pistas de audio, listas de música y otras sorpresas que te harán disfrutar aún más del universo de **LA ESFERA**.



MURIEL ROGERS

SIN ALAS



LA ESFERA I

ES QUE NO SÉ DÓNDE ESTÁ BEO

Pero ¿dónde se habrá metido?

Por primera vez desde que se conocieron al empezar el colegio a los cinco años —y de eso hace ya diez—, Kala no sabe dónde está Beo. Como cada tarde al salir de clase, se escapa hasta la azotea de cualquier edificio para sentarse en el suelo curvado mientras mira su reflejo en los ladrillos blancos y brillantes. Sin embargo, hoy está sola.

Vestida de un blanco inmaculado y elástico pegado a la piel, como todos los habitantes del Nido, corre entre las casas con forma de huevo hacia los barrios más altos. Le encanta elegir una de las viviendas más elevadas —sobre todo hoy, que no tiene que lidiar con el vértigo de Beo— y sentarse en el tejado a ver caer la tarde. A veces, como hoy, se quita las zapatillas, las sujeta entre los dientes y trepa descalza por los escalones, esas pequeñas plataformas blancas que emergen de la fachada y después, una vez que ella ya ha subido, se esconden de nuevo en la pared abombada. Kala es toda una experta en pasar desapercibida mientras asciende sin hacer ruido. Una vez en la azotea, se acerca a la fina barandilla circular y apoya las manos. Desde esa cima elevada, disfruta hundiendo la mirada en el Abismo, que se para a su ciudad del suelo terrestre, ese gran desconocido desde hace generaciones, miles de metros más abajo; un

abismo atravesado por nubes, sujetado por imponentes columnas blancas.

Hoy que Beo no está con ella y que no pueden hablar de las tonterías habituales —hay que ver lo plomo que llega a ser a veces—, Kala cierra sus ojos grises y abre las orejas. Un viento fresco le acaricia los párpados blanquecinos y las mejillas apenas rosadas. La media melena, de un pelirrojo oscuro, se mece sin rozar los hombros. Sus oídos adivinan, a lo lejos, el suave deslizarse de los automóviles blancos a un palmo del suelo, pero el aire le llega cargado de recuerdos, de frases de Beo, de sus tontas anécdotas en el Otro Lado: que si hicimos esto, que si hicimos aquello, que si nos conectamos hoy, que si cruzamos de nuevo, que si mi nuevo doble es genial, que si cuándo quedamos en Isla Tropical... Todo ese rollo del entorno virtual, esa asquerosa vida paralela donde todo el mundo se pasa los días, la aburre profundamente. No puede entender la dedicación de sus compañeros, vecinos, mayores y pequeños, a esa especie de juego tan estúpido, casi infantil, en el que se sienten como en casa. ¿No se dan cuenta de que no es real? Incluso su propio padre, un científico inteligente, un hombre que dedica su vida a traer niños al mundo —¡al mundo *real*!—, se pasa los fines de semana conectado. ¿Por qué a ella no le gusta el Otro Lado? Las pocas veces que ha entrado allí, una fuerza proveniente de su vientre, como una sensación de haber comido algo en mal estado, la ha escupido afuera. Porque, en rigor, no es un *lado*, no es el otro lado de ningún sitio, no existe, es basura virtual, y solo está en sus cabezas, como una nube. ¿El *otro lado* de qué? Parece que se hayan vuelto todos locos.

En fin. A ella lo único que podría hacerle gracia sería tener un par de alas y volar por el cielo siempre soleado del Nido. Le gustaría escaparse un rato, sobrevolar la ciudad y bajar luego en picado para volar bajo los barrios plagados de

casas con forma de huevo, bajo las plataformas redondas que las agrupan, y planear a toda velocidad sorteando las columnas forzudas que sostienen el Nido en el aire, tan lejos de la superficie de la Tierra, tapada siempre por esa densa masa de nubes. Entonces, en un giro maestro, volvería a ascender entornando los ojos y llegaría hasta la Esfera, hasta esa esfera inmensa, de diámetro imposible, más grande que el Nido, esa esfera suspendida eternamente sobre sus cabezas como una enorme bola translúcida, casi invisible, que deja entrever el azul del cielo a través de ella. Después volaría lejos, muy lejos. Sí. Si tuviese alas, desaparecería y no tendría que aguantar a Ter 14 ni su actitud de ingeniero sabelotodo ni sus horrendas gafas de mecánico.

Al pensar en Ter, Kala recuerda por qué cada tarde alarga más su estancia en las azoteas. No ha tenido más remedio durante estas últimas semanas, desde que ese parásito se les coló en su huevo y se quedó a vivir con ellos, invitado por su *enamorado*, que por desgracia no es otro que el padre de Kala. Hace años que Ter y Jon son pareja y, sin embargo, ella no se lo esperaba. La verdad es que no estaba preparada. Debería habérselo imaginado hace tiempo, pero alguna zona de su obstinada cabeza se ha empeinado siempre en negar que esos dos pudiesen amarse. Ahora se da cuenta de que nunca han tenido bastante con verse alguna noche por semana. Incluso es probable que hayan estado esperando por ella, a que se hiciese un poco más mayor entre los brazos de su padre antes de tener que *compartirlo*.

No. Qué va. No es eso. Al menos esa no es la excusa que le han contado para obligarla a convivir con él. Se supone que ese vago se ha quedado sin ingresos y sin casa. Pero ¿qué culpa tiene ella de que el inútil de Ter se haya quedado sin trabajo? Hubiese preferido una explicación más romántica, la verdad. ¿A ella qué le importa si los servicios de Ter ya no

le sirven de nada al Poder, si por fin se han dado cuenta de que no es un ingeniero tan espabilado como parecía? El hecho es que ahora Kala solo tiene ganas de estar en la calle, de llegar tarde a casa, o de no llegar, o de salir volando y no mirar atrás.

Pero, vaya, de todos modos, ¿quién puede permitirse unas alas? Las alas son solo para los Búhos, sí, ya lo sabe. Y las que hay están contadas y guardadas bajo estricta vigilancia. Las alas no son en ningún caso para alguien como ella, para una joven aburrida.

Kala frunce el ceño y camina arrastrando los pies hacia el centro de la azotea, donde se tumba, con la espalda extendida sobre la superficie brillante. La curvatura de la cima del huevo bajo sus omóplatos la obliga a abrir los hombros y el pecho y la ayuda a respirar con más profundidad. Pero ¿dónde está Beo?, vuelve a preguntarse. Después coloca las manos sobre su ombligo y, con las puntas de los dedos, acaricia su anillo para sentir el tacto reconfortante de la piedra verde.

A los pocos minutos se incorpora de un salto, estira los brazos y las piernas, delgadas pero no muy largas, y vuelve hacia el extremo de la terraza a grandes zancadas. Ya va siendo hora de volver, pero la verdad es que ella preferiría estrellarse contra el suelo, saltando desde aquí, que ir hacia su *hogar*, *dulce hogar*.

A veces piensa que el Nido parece construido sobre la marcha —ahora un huevo pequeño, ahora otro algo más grande...—, sin ningún respeto por una armonía natural. Las columnas blancas se elevan desde la superficie de la Tierra, que queda..., ¿cuántos metros o kilómetros por debajo? Nadie lo sabe. El Poder simula que lo olvidó y hace generaciones que eso ya no se enseña en la escuela. Le fascina que ninguna columna sea igual a otra; cada una tiene su altura y su grosor. Cada tres sostienen una plataforma circular, un

mininido con un determinado número de edificios ovoides. Nunca ha intentado contar cuántas debe de haber, pero calcula que más de quince. Visto desde el cielo, y seguramente también desde la Esfera, el Nido debe de parecer un terreno irregular sembrado de huevos con caminos curvos y circulares sin orden ni concierto.

Da un pasito más hacia el límite, hacia la barandilla cilíndrica y baja, y saca un poco el cuerpo hacia el Abismo. Fuerza la vista apretando los párpados inferiores para ver un poco más abajo, cuando un pie se le resbala por la pendiente redondeada y casi pierde el equilibrio. Ay, si la llega a ver el exagerado de su padre. Ya lo está oyendo, con su voz profunda y sus labios carnosos más abiertos de la cuenta: «Pero, Kala, ¿qué te crees?, ¿que tienes alas? ¡El día que te caigas...! ¿Por qué no te entretienes en el Otro Lado, como la gente normal? ¿Quieres que te ayude a diseñarte una doble?». Qué aburrimiento de tío. Todavía la trata como a una niña.

Vuelve a mirar las columnas dejando colgar su cuerpo más allá de la baranda. Es que no hay duda, piensa: lo único que le falta al ser humano para ser perfecto son unas alas. ¿De qué les sirve el Otro Lado? Si quieren escapar del Nido, que vuelen. ¿Para qué necesitan sentarse en una butaca y conectarse a un mundo irreal? Alas para todos, se dice a sí misma en un susurro mientras se rasca la barbilla.

Pip-pip. Una franja de la manga derecha, hasta ahora cubierta de minúsculas escamas blancas, se torna de un verde eléctrico. Extrañada por la hora, Kala eleva el antebrazo hasta la altura de sus ojos; sobre el tejido, en una pantalla blanda, emerge la cara delgada y de piel oscura de su padre, cruzada por ese bigote demasiado ancho que se empeña en lucir. Al pie de la imagen, un subtítulo reza: «Jon 35».

—Kala, hija, ¿a qué hora llegas a casa? —le pregunta mientras se coloca mejor las gafas y se acaricia hacia atrás los

rizos negros y minúsculos. Aún lleva puesta la bata azul que distingue a los científicos, así que ella supone que acaba de volver del Criadero.

Jon es médico y trabaja para el Poder, en el Área Reproductiva. Hace un par de semanas que la cifra de habitantes del Nido volvió a descender hasta 49.000 —antes o después todo el mundo llega a los cien años de vida y ¡plof!—, así que están preparando una nueva remesa de mil bebés. Por este motivo, últimamente el padre de Kala suele pasar más horas fuera de casa. Lo que le faltaba a ella, ahora que Ter siempre está por allí sermoneando, haciendo de padre, o de amigo, o de lo que sea que esté intentando ejercer.

—Ya voy, ya voy.

¿A qué viene esto ahora?, se pregunta Kala mientras recoge del suelo sus ligeras zapatillas blancas. Tiene que ser cosa de Ter, que le está cambiando al padre, el muy... Hace un mes esa dichosa preguntita controladora no hubiese tenido cabida. En cambio ahora, durante cada comida, los tres montan el numerito de la *familia feliz* que comparte su «¿Cómo ha ido el día?» alrededor de la mesa. ¿En serio se creen que a ella le interesa lo más mínimo lo que haya podido pasar en ese laboratorio donde fabrican bebés lloricas? ¿Piensan que le importa en qué malgasta sus horas el Más-cara-absurda? ¡Venga ya! ¡Pero si se pasa el día metido en el sótano, y encima se cree con derecho a cerrarlo con llave, cuando esa ni siquiera es su casa! Ya los está viendo, esperándola en el sofá, bien pegaditos, con ganas de hablar. Se lo van a notar. Van a saber que le pasa algo y al final le va a tocar decir: «Es que no sé dónde está Beo».

¡No! Beo es cosa suya. Es su amigo. Y no necesita ningún listillo ni ningún papaíto que le ayude. Beo... Lo extraña tanto... Ya hace demasiadas horas que no sabe dónde está. La verdad: habría sido todo un detalle por su parte haberla

avisado si pensaba perderse por ahí. Entiende que esté enfadado con ella después de lo de ayer, pero tampoco hay motivos para faltar a clase, ¿no? Además, ¿cómo puede alguien perderse en el Nido? Es una ciudad con límites que uno no puede cruzar si no quiere caer al suelo en plancha y morir hecho trizas allí abajo, en tierra de nadie. Y menos con el vértigo que él tiene. Si mañana vuelve a saltarse las clases, a media mañana los Búhos irán a la puerta de su casa e interrogarán a sus padres.

Con las cejas hundidas en su rostro níveo y con los labios planos, Kala se incorpora y, avanzando a pasos de gata con plumas, baja escalón a escalón hasta la calle inmaculada y se encamina hacia casa.

Al cabo de quince minutos el sol ha descendido y Kala se coloca ante la puerta de su casa, blanquísima y con esa forma de huevo abandonado. El escáner le explora la retina y las puertas de vidrio opaco se abren silenciosas, mientras la voz metálica de Domótica, de una feminidad enlatada, recita:

—Bienvenida a casa, Kala 76 90.

Sube los cuatro peldaños en dos saltos y entra. Después, posa en el centro de su cuello la punta del dedo índice y lo hace descender por el torso, para abrir en dos su traje ajustado y dejar que le entre un poco de aire. Su padre la espera en el comedor con Ter, que lleva como siempre sus horribles gafas cubriéndole medio rostro, esa barba hasta el pecho y una ropa ancha y negra. Fingen charlar animadamente, sentados en cada uno de los dos sofás amarillos, separados por un vacío de cuatro metros. Sabe que fingen porque se han callado de golpe, como si se les hubiera acabado la batería, sin ni siquiera tener la sutileza de acabar la última frase. Están allí *solo* esperándola.

—¿Dónde estabas?

—No es asunto tuyo, papá. —Kala se frena a una distancia prudencial.

—Déjala, hombre, que haga lo que quiera —interviene Ter sacudiendo una mano—, ¡que ya es toda una mujer!

—Sé defenderme sola. Y tengo quince años. Quince. No soy más que una chica joven. —Lo ha vomitado sin querer, con los pies pegados al suelo, como si la voz de Ter le hubiese tirado de la lengua.

La mirada de su padre cae hacia sus rodillas y Ter aguanta esa cabeza blancuzca con una sonrisa que apunta al techo. Un silencio espeso los envuelve. Nadie tiene ganas de discutir, y menos ella.

—Lo siento. ¿Qué tal en el trabajo?

—Bien, gracias, cariño, como siempre. Estamos sembrando, ya sabes. —Su padre se levanta y se acerca a la plancha metálica enganchada a la pared—. La comida, por favor. Hora de cenar.

—Enseguida —responde la voz fría de Domótica.

La plancha se desprende lentamente hasta quedar en posición horizontal, suspendida en el aire, preparada para hacer de mesa y dejando un agujero en la pared. Unos ligeros zumbidos metálicos avisan de que los robots de cocina ya preparan la comida tras el muro. Después, tres platos se deslizan sobre la plancha metálica y tres taburetes redondos emergen del suelo.

Compartir el momento con su *nueva familia* le apetece casi tanto como acabarse esa porquería blanca y pastosa, que vete a saber qué gusto tiene hoy. Además, Ter pasa de su padre y se dedica a mirarla a ella, a clavarle los ojos a través de esas gafas de loco, mientras sigue sonriendo y enseñándole la dentadura insolente de remesa sin defectos. Y no la deja en paz, como si lo supiese todo sobre todo y esperase una confesión. No piensa contarles nada y no piensa compartir

la preocupación por su amigo. La coserían a preguntas y acabarían echándole a ella la culpa al saber de la discusión de ayer. Decide subir a su habitación para quitárselos de encima e intentar llamar a Beo.

—Si me disculpáis, me voy yendo a la cama. Estoy hecha polvo.

La puerta de vidrio blanco se cierra tras su espalda y el aroma a vainilla le masajea la nariz. Se deja caer sobre el colchón de agua, que flota a medio metro de altura. Pide en voz alta que la cama descienda al nivel del suelo y Domótica le concede el deseo mientras su cuerpo se mece pegado al colchón. Da una sola palmada seca y la música reconfortante de los Prama inunda la habitación como un humo invisible. Observa las estrellas fosforescentes del techo, eclipsadas por el último rayo de sol que aún entra por la ventana. Clica en la manga de su traje y, de un golpe de muñeca, arrastra la pantalla hacia la pared blanca de enfrente. «Error de conexión.» Pero ¿dónde está ese Beo que siempre lo abandona todo por hablar un solo minuto con ella? ¿Tan dura fue ayer con él?

Justo allí, a su lado, donde casi puede tocarla, sigue su butaca de conexión al Otro Lado, blanca y lisa, casi sin estrenar. Se le ocurre que quizás... ¿No estará Beo...? ¿Y si ella se...? Pero no, ni hablar, ¡ni hablar! Eso de ningún modo. Por más sola, aburrida y asqueada que se sienta, no piensa meterse en ese sitio patético. Ni por Beo ni por nadie.

Al día siguiente, en clase, la silla de al lado sigue vacía. Hay quien le pregunta por Beo, pero la mayoría ya sabe que ella no habla mucho y que suele ser él quien habla por los dos, así que pasan de intentar establecer una conversación.

Tras acabar la jornada, a media tarde, Kala se planta ante la puerta de casa de su amigo. Sabe que no tiene demasiado tiempo antes de la llamada de su padre reclamándola para que vaya a casa a hacer de hijita modelo ante su *querido novio*. El escáner le explora la retina con su haz de rayos invisibles, emitiendo un silbido algo más agudo que el de su casa.

—¿Cuál es el motivo de tu visita, Kala 76 90? —pregunta la misma voz metálica de cada rincón del Nido.

—Beo 92 03.

La puerta de vidrio se abre sin rozar el suelo y las luces se encienden a medida que Kala salta los cuatro peldaños. Se cuele en la vivienda ovoide, idéntica a la suya, idéntica a todas las de la zona. A diferencia de en su casa, siempre inundada por la iluminación de balneario —hasta que el cursi de Ter se emperró en imponer esa incómoda luz de cueva marina—, la madre de Beo ha solicitado claridad diurna. Kala pronuncia varias veces el nombre de su mejor amigo. Nada. Saluda en voz alta hacia el hueco abrazado por los dos sofás amarillo cálido. No hay nadie. Entonces, ¿por qué se le ha permitido entrar? Sube las escaleras y se dirige a la habitación de Beo. Abre la puerta sin llamar:

—¡No me digas que aún est...

Pero nadie puede oír sus palabras en la habitación vacía. Kala se acerca a la butaca de conexión de Beo, mucho más desgastada y deformada que la suya; la acaricia levemente y dirige su mirada hacia la mesa blanca del rincón, buscando una nota, una pista, lo que sea que pueda llevarla hasta él. Pero ¿cómo puede ser tan desordenado? Se va a volver loca. Daría lo que fuese por saber algo, ¡algo!, sobre dónde está Beo. La nada, el vacío, la ausencia, ni una pista, ni media pista, ni la sombra de media pista, ¡na-da! Le parece tan raro... Esto no es propio de él.

Abre los cajones y rebusca en ellos, inspecciona entre los objetos que cubren la mesa, repasa los espacios libres del suelo, se agacha a mirar bajo la cama flotante. Nada. La normalidad se ríe de ella en su cara mientras un atisbo de culpa se cuela bajo las escamas minúsculas de su traje blanco. ¿Quizás debió dejarlo hablar?

—¡Eh! —No se le ocurre un modo más formal para llamar a Domótica, que le responde con esa voz gélida que les dirige media vida.

—¿Sí, Kala 76 90?

—¿Dónde está? —Se tumba agitada y cruza las piernas sobre esa cama que ha oído tantos secretos, intentando relajarse.

—¿Qué buscas, Kala 76 90?

—Venga ya. —La suponía más lista—. A Beo. ¿Dónde está?

—Beo 92 03 se encuentra en su habitación.

Kala abre los brazos en cruz:

—¿Eso te parece, máquina sabionda? ¿No tienes ojos en la cara? —pregunta al aire entre carcajadas rotas—. Pero ¿quién os programa?

—Beo 92 03 entró y no salió por la puerta. Beo 92 03 se encuentra en su habitación —insiste Domótica. Aunque sabe que eso es imposible viniendo de una personalidad programada, Kala percibe un cierto tono de indignación.

Hace un último repaso visual a toda la habitación, llena de cachivaches amontonados entre sucios trajes blancos y zapatillas en desuso. Se muerde con suavidad el labio inferior y encoge las cejas. ¿Cuál es la probabilidad de que una máquina como Domótica, por estúpida que sea, se equivoque? Ter lo sabría, con esas gafas suyas de monstruito ridículo. Casi seguro que esta voz rígida fue programada por él en sus buenos tiempos.

Kala deja caer la vista una vez más sobre la butaca, el ocho inflado que no roza el suelo. Lo que no piensa hacer ni por asomo es conectarse y cruzar al Otro Lado a buscarlo entre todos esos..., ¡bah! Ni siquiera sabe qué pinta tiene su nuevo doble. Le juró a Beo que no volvería a convencerla de nuevo para perder el tiempo así. Aún recuerda aquella vez, hace un par de años, cuando creyó que *moriría* ahogada en el Vacío. Todavía se estremece al pensar en ese infierno virtual negro y frío, sin aire, ese espacio hueco adonde no llega el Mar Recreativo que baña las costas de las islas, esa nada donde nadie es ya humano, ni doble, ni... ¡Era tan realista! ¡Se sintió a punto de morir! Se incorpora y se queda sentada sobre la cama de agua. No entiende qué gracia puede encontrarle Beo. ¿Acaso está loco? Sí. Él, y su padre, y todos los demás.

Sentada en la punta redondeada de la cama de su amigo, recuerda como si fuese ahora el momento exacto en que vio a Beo por primera vez.

Fue al inicio de su primer día de escuela. Ella tenía cinco años y su padre la acompañaba hasta la puerta altísima del edificio blanco y cúbico. Nunca había visto tan de cerca el centro escolar, una de las construcciones más imponentes del Nido, situada en una de las plataformas más bajas. La pequeña Kala doblaba el cuello hacia atrás e intentaba mirar el techo, pero un rayo de luz blanca le hizo bajar la vista al suelo, en el que vio reflejada su media sonrisa hundida. Miró entonces al oscuro reflejo de su padre, que tocaba un hombro a la Kala del suelo. Quieto, mientras el viento le sacudía sus negros rizos siempre enredados, sonreía bajo su gran bigote:

—Todo irá bien —le aseguró.

Después le dio un empujoncito que la invitaba a seguir sola. Ella, sin mirar atrás, avanzó por el camino luminoso que se adentraba en el cubo. Al cabo de pocos pasos ya se encontraba delante del aula de los más pequeños.

Domótica preguntó:

—¿Nombre?

—Kala.

—Repito: ¿nombre?

Suspiró. Odiaba esos números que nunca entendería y que su padre jamás pronunciaba al llamarla.

—Repito: ¿nombre?

—Kala 76 90.

—Adelante, Kala 76 90.

La puerta, de vidrio casi negro, ascendió. Ante ella se extendía una fila de niños de su edad que esperaban para ser guiados a sus lugares. El techo del aula se elevaba unos cuatro metros sobre sus cabezas dormidas. Ante la fila, flotaban sillas blancas, agrupadas en un desorden ordenado. El primer niño de la fila se sentaba en una de ellas, y esta se elevaba poco a poco hasta una altura concreta del aula. Y pasaba el siguiente. La fila se iba acortando y Kala se veía obligada a dar pequeños pasos hacia las sillas volantes. Su estómago se iba encogiendo. ¿Y si se sentaba mal? ¿Y si escogía la silla más alta?

Durante la espera, recordaba las palabras de su padre antes de salir de casa. La ayudaba a meter sus bracitos en aquel uniforme blanco, nuevo y demasiado ajustado para su gusto, mientras le repetía lo de siempre: «No le cuentes a nadie que eres especial, Kala. A los otros niños no les gustará mucho oírlo». Ella, también como siempre, había contestado con la pregunta que él nunca respondía: «¿Por qué, papá? ¿Por qué soy especial? Dime». Y él, una vez más, había evitado darle explicaciones: «Algún día, hija, cuando seas mayor, lo comprenderás».

Había llegado su turno: le tocaba elegir una silla flotante, sentarse en ella y volar alto. Pero se había quedado allí de pie, taponando la cola, con los pies clavados en el suelo. Miró

atrás. Entre las miradas arrugadas, justo a su espalda, había un niño pálido de ojos negros y grandes y pelo destartalado. Vestía de blanco, como ella, como todos, aunque pronto Kala comprobó que no era uno más.

—Pssst —le avisó él—, que tienes que subirte a una silla.

—Es que no lo veo claro.

—Si no subes nos arrestarán.

—¿Y si me toca en lo más alto?

Mientras todos la miraban resoplando, el niño bajó la voz:

—Ya, sí, te entiendo. Da vértigo. ¡Y todos estos locos cruzan así los dedos para que les toque arriba del todo!

Ella sonrió con timidez.

—Me llamo Kala. —Y extendió hacia él su mano derecha.

—Beo.

Como él no le ofreció la suya, Kala dirigió sus ojos hacia el lado derecho de las caderas del niño, para después hacer reptar la vista hacia sus hombros y gritar:

—¡No tienes brazo! —Y se tapó la boca con una mano.

El resto de los niños de la fila se acercaron, entrechocando entre ellos. Suspiraban con los ojos como platos, se tapaban también la boca... Incluso algunos empezaron a reírse en una carcajada creciente que se extendió por el aula. Entonces, Kala miró hacia arriba y se dio cuenta de que los alumnos ya sentados a diferentes alturas también observaban a Beo, con detenimiento, en picado. Mientras tanto, él bajaba los ojos al suelo. Y todo por su culpa, ¡qué lengua tan larga!

De repente, la voz metálica acalló las voces y las risas infantiles:

—Son las cero ocho cinco ocho. Quedan dos minutos para el inicio de la sesión de trabajo de hoy. Todos aquellos que no ocupen posiciones en este margen de tiempo serán arrestados en un plazo máximo de diez minutos y encerra-

dos en sus casas hasta nueva orden. Iniciando cuenta atrás: ciento veinte, ciento diecinueve, ciento dieciocho...

Kala corrió hacia la silla más cercana. Blanca. Fría. Flo-tante. Se sentó sobre ella y ascendió en silencio hacia ese punto del que ya no podría escapar. En el suelo, vio em-queñecerse poco a poco el reflejo de los preciosos ojos de Beo.

A la hora del recreo, Kala salió a la terraza de la escuela. La luz de media mañana, que atravesaba la Esfera y un par de pequeñas nubes altas, la deslumbró. Cuando por fin recuperó la visión y pudo abrir los ojos, encontró ante sí un patio enorme, rectangular, blanco y liso, casi brillante. Bien, tenía media hora para encontrar a ese tal Beo y pedirle disculpas por tener la lengua tan larga. Si hubiese podido volver atrás, habría buscado sin duda otro modo de mostrarle su asom-bro. Pero no podía. Era demasiado tarde y ahora él ya no le hablaría jamás, jamás en la vida. Sin embargo, tenía que pro-barlo; su padre siempre le decía que una disculpa a tiempo valía más que una serenata nocturna demasiado tarde. Ella no tenía ni idea de qué era una serenata, y tenía la impresión de que debía de ser una de aquellas palabras antiguas que el Poder había borrado del listado por falta de uso.

Una pequeña Kala cabizbaja escaneó el patio del tejado, en el que ya se habían formado pequeños grupos de niños de diferentes edades. Localizó enseguida la silueta de Beo, sentado a contraluz con la espalda apoyada en la baranda de cristal. Se acercó hasta allí y, aunque él no la miraba, probó suerte con una frase amistosa:

—¿No decías que tenías vértigo?

—Mucho. Intento superarlo. De momento, de espaldas.

—Oye... Que... ¿Me perdonas? —Kala se sentó a su lado—. Me ha salido sin querer, se me ha escapado. Me da igual que te falte un brazo.

—Piensa lo que quieras. No necesito otro brazo. Ya tengo uno. ¿Lo ves?

—¿No crees que los médicos podrían ponerte un...?

—¡Te he dicho que no! ¡No lo necesito! —Beo se volvió hacia el lado contrario—. No es asunto tuyo, ¿vale?

Kala buscaba en su cabeza, a toda velocidad, alguna frase que pudiese llamar la atención del niño, algo que le hiciese entender que a ella no le molestaba que él fuese diferente. Quería ser su amiga. Si no, ¿de quién? Y ya lo tenía:

—Mi padre me ha dicho que no le diga a nadie que soy especial —le soltó.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí? Te va a reñir.

—No sé. Para que no estés tan enfadado conmigo.

—¿Y por qué? ¿Por qué eres especial? —Beo seguía sin girarse para mirarla.

—No lo sé. Me lo dirá cuando sea mayor.

Beo se dio la vuelta entonces, con un ojo cerrado por la luz y el otro abierto, y con la duda deformándole los labios.

—No sabes por qué eres especial, pero es lo primero que me cuentas. Eres rara, ¿no?

—Bueno.

—Yo también.

No hablaron más durante un buen rato. Entonces un Búho cruzó el cielo hacia la Esfera, batiendo sus enormes alas metálicas. Kala elevó un dedo hacia la figura humana volante, vestida de un marrón jaspeado.

—¿Crees que podría ser una chica?

—¿Por qué?

—Me gustaría ser ella.

Beo esperó unos segundos para responder:

—Yo no sería Búho jamás —aseguró encogiéndose los hombros.

—¿No?

—No.

—Bueno. Yo solo lo decía por las alas.

—Vale.

Domótica los convocó al aula. Beo se levantó y ofreció su mano a Kala para ayudarla a incorporarse. Era un brazo fuerte ya entonces. Sin duda valía por dos.

Caminaron el uno junto al otro hasta la puerta.